

turcos y estudiado sus costumbres, sabe que el abatimiento de la Puerta es igual á su jactancia cuando se ve vivamente apurada. El imaginar que la Puerta declararia la guerra á la Europa cristiana, si toda ésta solicitara ó reconociera la independencia de la Grecia, seria querer espantarse de una quimera. Cuando se ve sobresaltado el divan al solo anuncio del apresto de los tres barcos de vapor que debia montar lord Cochrane, puede juzgarse si estaria desconfiado de luchar con las escuadras combinadas de la Inglaterra, Francia, Rusia, Austria y Grecia.

Pero ¿bastaria el simple reconocimiento de la independencia de los griegos por las naciones cristianas para asegurársela? ¿Dejarian ellos por esto de tener que sostener los esfuerzos de toda la Turquía?

Sin duda que no; pero reconocido el gobierno de la Grecia por las potencias aliadas, tomaria una fuerza insuperable para sus enemigos. Rodeado semejante gobierno de los residentes de las diversas cortes, y pudiendo comunicarse con los Estados regulares, tendria facilidad para negociar empréstitos; con el dinero tendria escuadras y soldados. No se atreverian ya los navíos cristianos á servir de transportes á los bárbaros, y el abatimiento que no tardaria en apoderarse de los turcos, forzaria en breve al divan á aquellas treguas sucesivas con que el orgullo mahometano consiente en humillarse, y es amigo de descender hasta la paz.

Cualesquiera que sean las tentativas que la benevolencia haya podido ó pueda hacer á favor de la Grecia en Constantinopla, no puede esperarse casi ningun buen éxito, mientras que no se llegue á la declaracion que la Nota propone, ó cualquiera otra medida decisiva. El recomendar la humanidad á los turcos, tomarlos por las buenas ideas, explicarles el derecho de gentes, hablar de hospoda-

ratos, treguas y negociaciones sin intimidarles, ni concluir nada, es trabajo perdido y tiempo mal empleado; y una palabra francamente articulada lo acabaria todo. Si la Grecia perece, es porque queremos dejarla perecer; no es menester para salvarla mas que la expedicion de un correo á Constantinopla.

La consecuencia del esterminio de los helenos seria grave para el mundo civilizado. Quiérese, repiten, evitar una conmocion militar en Europa. Digámoslo otra vez: esta conmocion no se verificaria si se consintiera en libertar á los griegos por el medio propuesto; pero por otra parte no hay que engañarse en ello: los triunfos mismos de los turcos en la Morea acarrearían sangrientas guerras. Todas las potencias se hallan actualmente en una falsa posicion con respecto á la Grecia: supóngase consumada la destruccion de los helenos, y se manifestarian entonces las quejas de la opinion de todas partes. Efectuada á la vista de la cristiandad civilizada la matanza de toda una nacion cristiana civilizada, no quedaria impune; la sangre cristiana recaeria sobre los que la hubieran dejado derramar; y se traeria á la memoria que la cristiandad no solamente habia sido forzada á asistir al espectáculo de este grande martirio, sino que tambien habia vendido ó prestado sus naves para trasportar á los verdugos y fieras al anfiteatro. Los gobiernos escarmentarian tarde ó temprano del mal que se hubieran hecho; se despertarian pensamientos generosos en los unos, antipatías secretas y ambiciones ocultas en los otros; se acusarian entre sí mutuamente, y llegarían á pelear sobre ruinas, despues de haberse negado á salvar pueblos: el autor de la Nota justificaria fácilmente sus vaticinios por medio de consideraciones sacadas del génio, espíritu, intereses y opiniones de los pueblos de la Europa, y

de los sucesos que esperan en breve á estos pueblos. ¿Qué influjo determinó la política que se ha seguido hasta aquí en orden á la Grecia? ¿Qué idea y temor dominaron sobre este grande negocio! Aquí fenece el derecho del escritor, y el estadista deja correr el velo.

La muerte del emperador Alejandro viene á mudar la posicion de las cosas: Alejandro, envejecido ya en el trono, habia atravesado por dos veces la Europa al frente de sus ejércitos: siendo guerrero pacificador, poseia, para abrazar una conducta particular, aquella preponderancia que es fruto de los triunfos, edad, aciertos, hábito de la corona y gobierno. ¿Seguirá su heredero la misma política, y le será posible seguirla siempre que lo quiera? ¿No tendrá por mas fácil y seguro el abrazar la política nacional de su imperio, antes de ser francés, inglés, austriaco, prusiano? La Grecia entonces seria socorrida. ¿Qué noble principio para un príncipe en la carrera régia, el formar de la restauracion de la Grecia, de la libertad de tantos desventurados cristianos, el primer acto de su reinado! ¿Cuánta popularidad y esplendor para todo lo restante de semejante reinado! Es quizá la única gloria que Alejandro haya dejado por coger á su sucesor.

¿Se quiere saber lo que puede esperarse del nuevo monarca? Un general francés va á comunicárnoslo.

“El gran duque Constantino hacia cuidar á su vista y en sus habitaciones, á los oficiales franceses enfermos, á los que él mismo iba á buscar en los hospitales; pasaba á visitarlos en sus camas, consolándolos con espresiones de bondad é interés; salvó de un edificio incendiado á dos oficiales que arrancó él de las llamas, cargando con el uno en sus hombros, miéntras que su ayuda de cámara se llevaba al otro; y para seguir los impulsos de su generoso corazon

despreció una epidemia mortal que le asaltó á él mismo. Mas de un oficial francés, arrancado por su activa humanidad de los brazos de la muerte, le es deudor de la vida; á cuyo título el autor le dirige los obsequios de un justo reconocimiento.”¹

Y ¿no seria Constantino I, este generoso enemigo, el amigo benéfico de sus hermanos en religion? ¿No hay contagio que despreciar, incendio que apagar, ni víctima que salvar en la Morea? Constantino lo sabrá: las naciones hallan en su nombre un presagio, y en su génio un garante de la restauracion de la Grecia.²

Que el gabinete de Petersburgo pida hoy dia el pliego colectivo, los pliegos simultáneos, y no dudamos dé que le den acogida muchas potencias; que á la respuesta negativa ó evasiva de los turcos, la Rusia reconozca la independencia de la Grecia, y se terminarán tantas calamidades.

Por otra parte, ¿no tratará la Inglaterra, previendo una mudanza probable, de adelantarse á los sucesos con la aceptacion del protectorado que rehusó en los principios? El tiempo descubrirá la nueva política que no es imposible ver

¹ Memorias destinadas á la historia de la guerra entre la Francia y Rusia en el año de 1812, pág. 324, por el general Vaudoncourt.

² Cuanto se decia aquí de Constantino, es aplicable en parte á Nicolás, quien, mas jóven, no ha tenido las mismas ocasiones de desplegar su génio, pero que acaba de manifestar las elevadas virtudes de que es capaz, saludando el primero con el nombre de emperador á un hermano digno de empuñar el cetro. Constantino, que por su parte ha conservado toda la gloria de la dignidad régia, desechando únicamente el peso de la corona; Constantino puede apoyar con su esperiencia, consejos y espada, en caso necesario, las generosas resoluciones que Nicolás estuviera dispuesto á tomar en favor de la Grecia. Este emperador, que ha querido permanecer soldado, tiene su lugar al frente de los granaderos rusos, y no puede menos de consultarle con frecuencia un hermano al que él ha dejado la diadema.

nacer, y que aun es razonable suponer. El proyecto indicado en la Nota seria, pues, mas útil que nunca, si se quisiera abrazarle para salvar á la Grecia, y juntamente para impedir toda colision entre las naciones de la Europa: quiera Dios que los griegos hallen medio de vivir hasta el dia que debe libertarlos quizás.

Por desgracia no puede fijarse este dia. Un nuevo reinado puede anunciarse con una completa mudanza de sistema, pero puede caminar tambien durante algun tiempo por las sendas abiertas en el anterior reinado. Se hallan á veces muchos obstáculos al principio de una carrera; en cuyo caso se prescriben la prudencia y circunspeccion. Cuando el monarca que ha bajado al sepulcro, fué por otra parte un insigne y virtuoso príncipe; cuando hizo en el teatro del mundo un papel brillante; cuando fué el fundador de una política particular; últimamente, cuando murió con una alta reputacion de sabiduría, querido, llorado, admirado de sus pueblos y estrañas naciones; la veneracion que se tiene á su memoria, el merecido culto que se tributa á sus cenizas, la tristeza misma y desolacion que el espectáculo de su funeral produce, los afectos de ternura y dolor de su sucesor; todo ello produce una inclinacion á seguir en los principios las tradiciones que ha dejado. Parece sagrado lo que por sí mismo estableció; tendria visos de impiedad el llegar á ello, y las gentes se sienten dispuestas á declarar que no se mudará nada en la obra de su ingenio. Pero el tiempo debilita estas impresiones, sin destruirlas en la parte suya natural y respetable: la índole del nuevo soberano, la fuerza de los nuevos intereses y el diferente espíritu de los ministros llamados á gobernar, acaban dominando, y especialmente en las cosas justas y visiblemente útiles al Estado. En cuanto á la Grecia, no

basta con poder esperar: campee su libertad sobre la montaña, y verá llegar ella á sus amigos. Ninguna cosa puede calcularse en Europa mas allá de seis meses.

Nos parece haber destruido la objecion con cuyo auxilio se cree que algunos hombres de influjo desecharon la idea de seguir el plan indicado de la Nota. Creemos haber demostrado que no se trata de un pliego conminatorio, sino de una simple declaracion que acarrearía la deseada restauracion: ¿se rehusará comprar tan santa gloria á tan poca costa? ¿No vale ciertamente semejante resultado la media hora que costaria la redaccion del pliego libertador de la Grecia?

Vamos á pasar ahora al exámen de los cargos que se hacen á los griegos, con la intencion de robar á un pueblo oprimido la admiracion debida á su valor, y la conmiseracion que sus desastres inspiran.

